

## TEQUENDAMA<sup>(1)</sup>

Tenemos muchas descripciones de la catarata de Tequendama, pero casi todas exageradas. He aquí lo que nosotros hemos escrito en la *Relación de nuestros viajes dentro del Reino*:

El Bogotá, después de haber recorrido con paso lento y perezoso la espaciosa llanura de su nombre, vuelve de repente su curso hacia Occidente y comienza a atravesar por entre el cordón de montañas que están al sudoeste de Santafé. Aquí, dejando esa lentitud melancólica, acelera su paso, forma olas, murmullo y espumas. Rodando sobre un plano inclinado, aumenta por momentos su velocidad. Corrientes impetuosas, golpes contra las rocas, saltos, ruido majestuoso suceden al silencio y a la tranquilidad. En la orilla del precipicio todo el Bogotá se lanza en masa sobre un banco de piedra, aquí se estrella, allí da golpes horrorosos, aquí forma hervores, borbollones, y se arroja, en forma de plumas divergentes más blancas que la nieve, en el abismo que lo espera. En su fondo el golpe es terrible, y no se puede ver sin horror. Estas plumas vistosas que formaban las aguas en el aire, se convierten de repente en lluvia y en columnas de nubes que se levantan a los cielos. Parece que el Bogotá, acostumbrado a recorrer las regiones elevadas de los Andes, ha descendido a pesar suyo a esta profundidad, y quiere orgulloso elevarse otra vez en forma de vapores.

Las márgenes del Bogotá, desde que entra en la garganta de Tequendama, están hermoseedas con arbustos y también con árboles corpulentos. Las vistosas *beffarias resinosa* y *urcus*, las melastomas, la *cuphea*, esmaltan esos lugares deliciosos que ponen a la sombra el roble, las aralias y otros muchos árboles. El punto más

---

1. Esta nota la insertó el señor Acosta en el libro *Viaje a los Andes*, que publicó en París en 1849, y que contiene varias Memorias de Boussingault y otros trabajos importantes. En el *Boletín de Historia*, número 52, la hicimos reproducir junto con las palabras que le puso dicho señor por vía de introducción. (E. P.).

NOTA EDITORIAL. Aunque esta descripción aparece publicada en la página 38, se reproduce por separado teniendo en cuenta su valor literario.

alto de la catarata, aquel de donde se precipitan las aguas, está 312 varas más abajo que el nivel de la explanada de Bogotá y esto basta para comenzar a sentir la más dulce temperatura. A la derecha y a la izquierda se ven grandes bancos horizontales de piedra tajados a plomo y coronados de una selva espesa. Cuando los días son serenos y el sol llega de los 45 a los 60 grados de altura sobre el horizonte del lado del Oriente, el ojo del espectador queda colocado entre este astro y la lluvia que forman las aguas al caer. Entonces percibe muchos iris concéntricos bajo sus pies, que mudan de lugar conforme se va levantando el astro del día.

La cascada no se puede ver de frente, y es preciso contentarse con observarla de arriba a abajo. Por el lado del Norte ofrece el terreno un acceso más fácil y más cómodo. Aquí hay un pequeño plano horizontal de piedra al nivel mismo del punto en que se precipitan las aguas, y desde este lugar es de donde los curiosos y observadores han visto esta célebre catarata.

Cuando se mira por la primera vez la cascada de Tequendama, hace la más profunda impresión sobre el espíritu del observador. Todos quedan sorprendidos y como atónitos: los ojos fijos, los párpados extendidos, arrugado el entrecejo, y una ligera sonrisa, manifiestan claramente las sensaciones del alma. El placer y el horror se pintan sin equivocación sobre todos los semblantes. Parece que la naturaleza se ha complacido en mezclar la majestad y la belleza con el espanto y con el miedo en esta obra maestra de sus manos.

Nosotros no estamos acostumbrados a ver hacia abajo de alturas eminentes, e incurrimos, sin pensarlo, en una ilusión. Siempre nos parecen mayores las elevaciones cuando vemos para abajo que cuando las miramos al revés. Una torre, por ejemplo, nos parece de 30 o 40 varas cuando la miramos desde su base; pero si subimos a su parte superior nos creemos a 60 o a 80 varas de altura. Esta ilusión nace de los mismos principios que el aumento aparente del diámetro de la luna y del sol cuando están inmediatos al horizonte. El profundo Malebranche ha demostrado las causas, y nosotros creemos que existen las mismas en el caso de la catarata de Tequendama. Este es el origen de tantas exageraciones sobre su altura. No ha faltado escritor que le dé media legua de elevación; pero, como dice Bouguer, es preciso ser muy circunspecto en el uso de la palabra *legua* cuando se trata de alturas. Si se repiten las visitas a Tequendama, si se mira esta profundidad con intervalos y con un ánimo sereno, la ilusión va poco a poco desapareciendo, y las leguas se convierten en varas. Las palmas colosales que se habían visto en el fondo del abismo ya no son sino *helechos arbóreos* (po-

lipodios) de dos brazas de altura. Los climas confundidos, los frutos de los países ardientes a la vista de la cebada y de la papa; el mono, el tigre, en la base, y el oso y el ciervo en la parte superior, no son otra cosa que consecuencias de la primera ilusión. ¿Cómo 200 varas de altura perpendicular habrían de hacer variar la temperatura, la vegetación y los animales? Los rasgos que se han publicado hasta aquí son hijos de una imaginación acalorada y del deseo de embellecer las descripciones.

Algunos han medido la altura de esta cascada. El primero, que yo sepa, fue el célebre Mutis. Entre los manuscritos que se entregaron por el Gobierno al Observatorio Astronómico, he hallado las operaciones y los resultados que obtuvo este botánico. Pocos años después de su llegada a este Reino, hizo un viaje de muchos días, y emprendió subir, rodeado de peligros, desde La Mesa de Juan Díaz hasta la base de las cataratas. Las corrientes y los precipicios lo detuvieron en la embocadura de la quebrada de *Pobaza*, que está poco distante de este punto. Aquí hizo una observación del barómetro, y estimó el descenso del Bogotá, en este corto espacio, de treinta varas. Después se transportó con sus instrumentos a la parte superior e hizo otra observación semejante. Con estos datos dedujo que la catarata tenía doscientas cincuenta y cinco varas de altura perpendicular. Es verdad que Mutis no corrigió las columnas mercuriales del efecto del calor, y que no tuvo atención a la latitud y pesantez. Ya se ve: en esa época no habían escrito todavía De Luc, Trembley, Saussure ni Laplace. Mutis desmontaba su barómetro a cada observación, y lo volvía a llenar para verificar otra nueva: no hervía el mercurio, y lo que es más notable, se contentaba con cerrar la extremidad superior del tubo con lacre. Todo esto reunido debe haber producido errores en los resultados. Pero haciendo justicia, admiramos cómo se acercó tanto a la verdad en medio de tantas inexactitudes.

Por los años de 1790 don Domingo Esquiaqui, Comandante de artillería, hizo medidas más serias por orden del Virrey Ezpeleta. Esta medida se publicó en el número 88 del antiguo *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*. Se dice que fue hecha con sondalesa, y por consiguiente de la mayor confianza. La altura perpendicular de esta catarata se halló entonces de 264,5 varas. La profundidad del abismo que las aguas han excavado en la roca era de cuarenta varas. Por lo demás, la medida barométrica de este Oficial de artillería es de todo punto monstruosa y no merece referirse.

En 1801 el Barón de Humboldt, que visitó estas regiones, midió también la cascada de Tequendama. Este viajero usó del descenso

de los graves, y dedujo que tenía doscientas doce varas de altura perpendicular. Este resultado lo hemos visto en los apuntamientos manuscritos que dejó Humboldt a varios curiosos del Reino. Los seiscientos pies ingleses hacen doscientas veinte varas castellanas.

En 1807 quise yo también hacer mis tentativas con esta célebre catarata. Usé, como Humboldt, del descenso de los graves, y hallé constantemente que estos gastaban seis instantes en bajar. De aquí deduje que la cascada tenía 219,9 varas de altura.

El método de los graves incluye errores, y es de los más delicados. Con un cuarto de instante que se dé de más o de menos, lo que es muy fácil, la medida resulta monstruosamente errada. A más de esto, en Tequendama no se puede asegurar el observador del momento preciso en que el grave toca la parte inferior de la cascada. La lluvia, las nieblas continuas que se levantan, impiden el que se haga por este medio una medida exacta. En consideración a todo, nos atenemos a la de Esquiaqui, por ser hecha con sondalesa, hasta que otras la contradigan o confirmen.

Las medidas reunidas son:

Mutis ... ..	255,0 varas
Esquiaqui ... ..	264,5 —
Humboldt, manuscritos ... ..	212,0 —
Humboldt, Ambigú ... ..	220,0 —
Caldas ... ..	219,9 —